



PRÓLOGO

Un viento salvaje recorrió el Atlántico soltando maldiciones y cerró sus puños con fuerza sobre los campos de los condados del oeste. Pesadas y punzantes gotas de agua golpeaban la tierra y habrían desgarrado la piel de cualquier persona hasta alcanzar sus huesos. Las flores que habían florecido brillantemente desde la primavera hasta el otoño estaban ahora marchitas bajo la escarcha letal.

En las cabañas y los pubs la gente estaba reunida alrededor del fuego y hablaba sobre sus fincas y techos y sobre los seres amados que habían emigrado a Alemania o Estados Unidos. Difícilmente importaba si se habían ido el día anterior o hacía veinticinco años. Irlanda estaba perdiendo gente y casi hasta su propio idioma.

A veces se hablaba de «los problemas», la guerra sin fin que asolaba el norte, pero Belfast estaba muy lejos del pueblo de Kilmihil, tanto en kilómetros como en emociones. La gente se preocupaba más por sus cosechas, sus animales y las bodas y los entierros que llegarían con el invierno.

A unos pocos kilómetros a las afueras del pueblo, en una cocina tibia por el calor y los perfumes del horno, Brianna Con-

cannon observó por la ventana cómo la lluvia helada atacaba su jardín.

—Estoy pensando que voy a perder la aguileña y la dedalera —dijo. Le rompía el corazón pensar en ello, pero había cavado lo que había podido y había guardado las plantas en la pequeña y atestada cabaña trasera. Los vendavales habían llegado muy temprano ese año.

—Puedes sembrar más en primavera. —Maggie examinó el perfil de su hermana. Brie se preocupaba por sus flores como una madre por sus hijos. Con un suspiro, Maggie acarició su protuberante barriga. Todavía se sorprendía de que fuera ella la que estaba casada y embarazada y no su hermana, que era la más hogareña—. Te lo pasarás fenomenal.

—Supongo. Lo que necesito es un invernadero. He estado viendo fotos y creo que se podría construir uno aquí —afirmó, y pensó que probablemente podría pagarlo en primavera si cuidaba sus gastos. Fantaseando un poco sobre las plantas que podrían florecer en su nuevo hogar de vidrio, sacó del horno una bandeja de panecillos de arándanos recién horneados. Maggie había comprado las bayas en un supermercado de Dublín—. Llévate estos panecillos a casa.

—Bueno, gracias. —Maggie sonrió, tomó uno de la bandeja y se lo pasó de una mano a la otra para que se enfriara y poder darle un mordisco—. Pero después de que me haya comido mi porción. Te aseguro que Rogan pesa todo lo que me llevo a la boca.

—Quiere que tú y el bebé estéis sanos.

—Ya, claro que sí, pero también creo que le preocupa cuánto de mí es bebé y cuánto es grasa.

Brianna se quedó mirando a su hermana. La figura y los rasgos de Maggie se habían redondeado y suavizado. Tenía las mejillas sonrosadas y se la veía contenta ahora que se acercaba al último trimestre de su embarazo. Todo contrastaba enor-

memente con la energía y el descaro a los que Brianna estaba acostumbrada. «Es feliz —pensó Brianna— y está enamorada. Y sabe que su amor es correspondido».

—Has ganado muy pocos kilos, Margaret Mary —le dijo Brianna a su hermana, y vio cómo la picardía, más que la furia, le iluminaba los ojos.

—Estoy haciendo un concurso con una de las vacas de Murphy y yo voy ganando. —Maggie se terminó el panecillo y estiró la mano para coger otro sin ningún pudor—. En unas semanas no seré capaz de ver la punta de la caña por el tamaño de la barriga. Voy a tener que trabajar con las antorchas.

—Podrías dejar el vidrio durante una temporada —apuntó Brianna—. Sé que Rogan te ha dicho que ya has hecho suficientes piezas para todas sus galerías.

—¿Y qué más podría hacer además de morirme de aburrimiento? Tengo una idea para una pieza especial para la galería nueva de Clare.

—Que no se abrirá hasta la primavera...

—Para entonces Rogan habrá cumplido su amenaza de amarrarme a la cama si doy un paso hacia mi taller. —Maggie suspiró, pero Brie sospechó que no le importaba mucho la amenaza. No le importaba el temperamento sutilmente dominante de Rogan. Pensó que su hermana se estaba ablandando—. Quiero trabajar mientras pueda —agregó Maggie—. Y es bueno estar en casa, incluso con este clima. Supongo que no tienes ninguna reserva para estos días, ¿no?

—Pues resulta que sí. Un estadounidense que llega la semana que viene.

Brianna le sirvió más té a Maggie y después se sirvió ella misma y se sentó. El perro, que había estado esperando pacientemente junto a su silla, puso su enorme cabeza sobre el regazo de Brie.

—¿Un yanqui? ¿Solo? ¿Un hombre?

—Mmmm. —Brianna le acarició la cabeza a *Concobar*—. Es escritor. Ha reservado una habitación con pensión completa durante un tiempo indefinido. Ha pagado un mes por anticipado.

—¡Un mes! ¿En esta época del año? —Divertida, Maggie miró hacia fuera, donde el viento hacía traquetear las ventanas de la cocina. Definitivamente el clima no era acogedor—. Y luego dicen que los artistas somos excéntricos. ¿Qué clase de escritor es?

—Escribe novelas de misterio. He leído algunas y me parece bueno. Ha ganado premios y han hecho películas basadas en algunos libros suyos.

—Un escritor exitoso, un yanqui, pasando lo peor del invierno en un hotel rural en el condado de Clare. Tendrán mucho de que hablar en el pub.

Maggie se comió las migajas del panecillo y examinó a su hermana con ojo de artista. Brianna era una mujer muy guapa, de pelo entre rosa y dorado, piel color crema y una figura estilizada y bonita. Tenía la clásica cara ovalada y una boca suave, que llevaba sin pintar y con frecuencia resultaba demasiado seria. Sus ojos de color verde pálido tendían a la ensoñación y sus extremidades eran largas y gráciles. El pelo, grueso y sedoso como una fogata sosegada, se le solía escapar de las horquillas.

Y era bondadosa y compasiva, pensó Maggie. Y a pesar de tener contacto con extraños todo el tiempo debido a que era la propietaria de un hotel, no le interesaba lo que pasaba en el mundo exterior más allá de la puerta de su jardín.

—No sé si me gusta la idea, Brie. Tú sola en la casa con un hombre durante un montón de semanas...

—Con frecuencia estoy sola con los huéspedes, Maggie. Así es como me gano la vida.

—Sí, pero es raro que tengas sólo un huésped, y más en pleno invierno. No sé cuándo tendremos que volver a Dublín y...

—¿No estarás aquí para cuidarme? —Brianna se rio, más divertida que ofendida—. Maggie, soy una mujer adulta. Una mujer de negocios adulta que sabe cuidar de sí misma.

—Siempre estás demasiado ocupada cuidando de todos los demás.

—No empieces con el tema de mamá —dijo Brianna, y se le pusieron tensos los labios—. Ahora que está acomodada con Lottie en su propia casa hago muy poco por ella.

—Sé exactamente lo que haces —replicó Maggie—. Corres a su lado cada vez que chasquea los dedos, oyes todas sus quejas y la llevas al médico siempre que se imagina que tiene una nueva enfermedad mortal. —Maggie levantó una mano, furiosa consigo misma por dejarse absorber una vez más por la rabia y la culpa—. Pero ésa no es mi preocupación en este momento. Ese hombre...

—Grayson Thane —le dijo Brianna, más que agradecida de que el tema de conversación se hubiera desviado de su madre—. Un respetado escritor norteamericano que ha planeado quedarse en una tranquila habitación de un maravilloso hotel rural en el oeste de Irlanda. Y que no ha pensado nada con respecto a la dueña. —Levantó su taza de té y dio un sorbo—. Y que va a pagar mi invernadero.